



SATIRA GRACIOSA,

EN LA QUE SE MANIFIESTAN

los nombres, propiedades y faltas, que las mugeres han notado en los hombres que hay en el dia.

Escuche todo viviente,
el que me quiera escuchar
varias faltas que en los hombres,
las hembras deben notar;
porque las de las mugeres
bien publicadas están,
y es menester que se cumpla
aquel célebre refran
que nos dice Ciceron,
Lleve su cruz cada cual....
Empecemos por los Juanes
que es el nombre mas vulgar,
y por lo mucho que abundan
puede que haya uno tal cual,
aunque semejante hallazgo
no se ha visto publicar.
A los Pedros con los Juanes
los podemos igualar,

y á un elogio tan cumplido
no hay que añadir, ni quitar,
á no ser que aseguremos
que entre un Pedro y entre un Juan,
se repartió la malicia
y á los Pedros cupo mas.
No hay que fiar de los Pepes
que es gente poco formal;
y si hay alguno juicioso
le debe de confirmar,
porque el nombre de José
se inventó por Carnaval.
Los Franciscos inconstantes
desde fecha inmemorial,
han sido siempre maestros
en el arte de engañar:
dicen que hubo muchos justos
en tiempo del padre Adan:

¿qué lástima que el diluvio
causase tal mortandad!
La memoria en los Manueles
tan escasa suele estar,
que para escribir su nombre
lo tienen que preguntar.
Si tratamos de los Luises
¿cuánto malo hay que contar!
crítonos, presumidos,
y egoista de lo mas;
siempre están enamorados,
sin quererlo confesar:
si acaso se despilfarran,
tan corta es la cantidad,
que no pasa de dos cuartos
y aun eso es un ejemplar.
Pasemos á los Antonios;
este ya es otro cantar,
mas no por esto se crea
que los vamos á elogiar,
¿quién se habia de atrever
á escribir tal necesidad?
siendo fátuos, majaderos,
de trato superficial,
molestos en sus preguntas
y amigos de requebrar.
Los Joaquines en paseo,
no acostumbran saludar,
tampoco en esactitud
se supieron señalar,
y por esto y su reserva
se hacen muy poco lugar.
Los Vicentes son muy buenos
para estar en sociedad,
por el estudio que hacen
de no decir la verdad.
Dicen que los Rafaeles
desperdician su caudal,
en comprar chufas, bellotas,
buñuelos y agua de agraz.
De los Bernardos y Eusebios
se ha podido averiguar,
que rompen mucho calzado
por el afan de rondar.
Los Migueles se dedican
únicamente á bailar.

y los Cárlos se distinguen
por su aficion á fumar.
Los Ramones son de aquellos
que quieren con variedad,
y es fama que del espejo
no se saben apartar,
contemplando su figura
como cosa celestial.
¡Válgame Dios lo que engaña
la pícara vanidad!
Los Gregorios quieren mucho
á su persona, y no mas,
esperando una *ocasion*
nunca llegan á gastar:
si nos tocase heredarlos
no hablaríamos tan mal.
Si alguna vez en tu mente
forjas un mundo ideal,
de seguro que no habita
ningun Andrés por allá.
Lo mismo que á los Andreses
se puede decir á un Blas,
pues ¿quién duda que en lo feos
son de una misma hermandad?
Hasta ahora no se ha dicho
baile bien ningun Tomás;
lo pesado de sus pies
causa esta calamidad.
En el rango de indiscretos
se deben de colocar
ó todos los Bernabées
por orden de antigüedad.
Los Eduardos son constantes
¡esto si que es de admirar!
pero solo en las novelas
tienen esta cualidad.
Los Enriques se contentan
con tanta facilidad,
que con un par de lisonjas
se vuelven un mazapan.
Al pensar en los Pascuales,
¿qué memoria tan fatal!
nada bueno recordamos,
¡vaya una casualidad!
En punto á los Alejandro,
difícil es acertar,

porque son tan solapados
que ¡quién los ha de juzgar!
atendida esta razon
no se les puede alabar,
pues en caso de haber dudas
piensa mal y acertarás:
asi lo dice el adagio
contra nuestra voluntad.
En las armas de los Felix
se debiera de pintar
una lengua, como simbolo,
de su continuo charlar.
Si se pierde algun Javier
altercando se ha de hallar,
pues por llevar la contraria
niegan que hay agua en el mar.
Para los Brunos elojios
quisiéramos emplear,
pero es cargo de conciencia
el faltar á la verdad;
dejando de ser pesados,
teniendo formalidad,
siendo menos mentecatos,
y variando de pensar,
aun puede ser imposible
ver alguno regular.
Sin embargo, prometemos
como prueba de amistad,
el pedir á santa Rita
por su conversion total.
Los Fernandos impetuosos
volubles en general,
por no acusarse de burlas
se mueren sin confesar.
Los Victores segun dicen,
tienen todos don de errar,
si aciertan alguna vez
será por casualidad.
Los Jacintos y los Jaimes
si se proponen amar,
abandonan el propósito
al quererlo ejecutar.
El chiste de los Tiburcios
está por averiguar,
y si pensamos en ellos
no podremos continuar,

porque tan solo á su nombre
la musa se vá á Tetuan.
No hay historia verdadera
escrita por un Julian,
porque tienen abolida
la justa imparcialidad.
Los amigos de un Eugenio
no necesitan comprar
jarabe de adormideras
como le escuchan hablar.
Cuántas penas, cuántos sustos
á sus padres dá un Beltran:
cuando chicos, cuando grandes,
en todo tiempo y edad.
Los Agustines y Jorges,
no se mueben de un lugar,
pues la maldita pereza
no les permite ni andar:
nacieron, (no cabe duda)
para estar en un fanal.
Todos los Bartoloméés
tienen tanta terquedad,
que tratar de convencerlos
es echar agua en la mar.
Sin embargo, son garvosos
hasta con prolijidad.
Los Felipes se complacen
en dar gusto á los demás
pero es cuando está conforme
á su santa voluntad.
Los Genaros son tan sérios,
que si por la calle ván,
por no mirarles el gesto,
alguno se vuelve atrás.
Los Dámasos taciturnos,
nunca dicen su pensar,
y que son enamorados
cuasi se puede afirmar.
Los Federicos en vida,
se entretienen en chillar,
y en dar bromas majaderas;
su mision es fastidiar.
¡Paciencia recomendamos
al que los llegue á tratar!
y las bienaventuranza
fijamente alcanzará.

Los Bráulios, nombre enfadoso,
difícil de pronunciar,
el primero impertinente
Braulio se debió llamar.
En la vida de los Diegos,
tanto malo hay que notar,
que fuera perder el juicio
quererlo todo apuntar.
Lo Angeles y los Justos,
muy lejos de serlo están
pues aunque son buenos nombres,
á todos les viene mal.
Los mismo que á los Modestos
¿quién se puede imaginar
lleven semejante nombre
notando su vanidad?
Los Placidos y Venturas,
nombres de felicidad,
mas con toda su fortuna
(cosa rara y singular),
solo comen *Calabazas*
por dádiva universal.
Olvidar á los Marianos,
será un acto de piedad,
porque solo desengaños
nos tendrían que escuchar.
Los Ignacios y Jacobos
son de un gusto general,
requiebran á una fantasma
lo mismo que á una deidad.
Los Fermines y Florencios
sin que sea ponderar,
parecen por lo delgados
unas cañas de pescar.
Los Domingos son celosos
amigos de pasear,
y tambien hay quien afirma
que les gusta regañar.
Fastidiados con su vida
los Cristóbales están,
cuando no van al Teatro,

ó llevan mal hecho el frac.
Son temibles los Hipólitos,
si principian á enredar;
nada dejan en su sitio,
no se cansan de embrollar,
y las corridas de Toros
es su afición principal,
sin duda por los destrozos
que allí logran presenciar.
Los Mateos son gastrónomos,
y en tratando de gastar,
apurán en caramelos,
y en pomadas un caudal.
Son derechos como un uso,
y bostezan sin cesar.
Suelen á primera vista,
los Baltasares gustar,
mas ¡cuidado con que hablen!
porque la ilusión se vá.
Los Alvaros y Facundos
acostumbran contar mal;
mas no porque la afición
les llegue nunca á faltar,
que todos pasan su vida
en continuo solfear.
Los Isidros y Lorenzos,
son por singularidad
buenos para consejeros
aunque no pasa de hablar,
pues ninguna de sus prendas
sirvió para edificar.
Aquí dá fin el romance,
pues sería no acabar
el decir las cualidades
que abundan en los demás.
Los mayores Corifeos
los hemos nombrado ya,
si os agrada su retrato
y conoceis su verdad,
echádeles la bendición
por toda una eternidad.

FIN.